

La formación didáctica del profesor de Religión

Páscual MAYMÍ

Hace pocos días, a lo largo de varias jornadas de evaluación por parte de los profesores de una Escuela Universitaria de formación del profesorado de E. G. B., surgió una cuestión insoslayable en pedagogía: si hay que cargar el acento en el qué o en el cómo... La respuesta depende de muchos factores: depende del modo de ser de los agentes y de los destinatarios; depende de las circunstancias, depende de la manera de entender ese «cómo» y depende, sobre todo, del para qué: ¿qué tipo de educación se busca?

En la formación religiosa ocurre lo mismo y más. Por eso hablar de la didáctica en Religión resulta incómodo, porque es muy impreciso y demasiado extenso¹. Por ejemplo: no convendrá una misma didáctica para la catequesis propiamente dicha, para la evangelización o para la cultura religiosa; para el primer ciclo de E. G. B. o para B. U. P.; para un ambiente o para otro...

¹ Para un desarrollo amplio, ver P. MAYMÍ, *Pedagogía religiosa*, Ed. «San Pío X», Madrid, 1980, págs. 379-549.

Por otra parte, hay que distinguir también entre métodos y métodos: hay poca diferencia entre una mesa redonda o una sesión del tribunal; pero hay una distancia enorme entre la metodología verbal y la activa, por ejemplo. Es que la palabra «método» se puede tomar en dos acepciones muy distintas: 1.^a como sentido general de un proceso o itinerario; 2.^a como procedimiento más o menos accidental para lograr lo anterior. Estos dos puntos constituirán las dos partes de este trabajo (en el que damos por su puesta, por parte del profesor de religión, la debida preparación básica, no sólo en teología y en catequesis, sino también en psicología, pedagogía, sociología y dinámica de grupos).

I. EL METODO, COMO DIRECCION FUNDAMENTAL

De nada sirve caminar amena y alegremente si no se va a ninguna parte. Es decir, lo principal no es el método, sino el fin. Lo primero no es el método, sino el espíritu de todo método; sin espíritu, los métodos sirven poco o nada o incluso son tergiversados.

El fin condiciona el método. Son correlativos. En este sentido se dice que todo método es siempre mucho más que simple método; trasluce una dirección general, una opción, una visión de las cosas. Así entendido, el método es un contenido en acto. Por ejemplo, si creo que hoy la catequesis tiene que ser explicitación e iluminación cristiana de la experiencia, inevitablemente el camino o método general debe orientarse a fomentar un proceso de experimentación o información, ahondamiento, síntesis y compromiso personal, en torno al descubrimiento y potenciación del yo más profundo y verdadero, en el plano natural, trascendente y cristiano.

A este nivel de profundidad, la metodología es solidaria de las grandes opciones educativas y catequísticas que se le plantean, consciente o inconscientemente, al profesor de religión. Por ejemplo:

a) **Pedagogía**

Si aceptamos la psicogénesis de Piaget, el método verbal (tanto el expositivo como el interrogativo) y el intuitivo son muy inferiores al método activo.

Si aceptamos las preocupaciones educativas actuales, el centro de gravedad ya no está en los contenidos, sino en la maduración integral del educando. Por consiguiente, todo método tiene que entenderse en la línea de un dinamismo interior, propio de cada individuo. Frente a la docencia, va cobrando más y más importancia el aprendizaje, aunque haya varias maneras de entender el dinamismo de este aprendizaje: como refuerzo positivo (Skinner); como el concepto que uno tiene de sí mismo y el nivel de aspiración (Kurt Lewin); como aprendizaje significativo (Rogers), etcétera. Pero, en cualquier caso, el aprendizaje queda facilitado si existe una relación satisfactoria para el individuo entre estímulos y respuestas; si hay estrecha relación entre las partes y el todo, dentro de cada conjunto didáctico; si el uso de los medios es frecuente e intenso; si el estímulo tiene fuerza y causa impresión.

El hecho de centrar la educación en el educando, en su maduración integral, lleva a una serie de consecuencias importantes:

- individualización de la tarea educativa, lo más posible;
- motivación centrada en los intereses profundos del educando (lo cual no equivale a rehuir el trabajo serio ni a buscar sólo lo agradable);
- afectividad (en vez de simple intelectualismo) porque todo mensaje profundamente humano tiene que llegar también por vía afectiva;
- libertad, entendida como fruto de una creciente liberación;
- comunión, apertura, diálogo, socialización; es decir, evitar el riesgo nada quimérico de subjetivismo, idealismo y competitividad;
- eficacia, entendida como convencimiento práctico de que no bastan las palabras ni las buenas intenciones (ni basta, en la catequesis, la eficacia puramente humana);
- variedad en los métodos, técnicas y medios de trabajo, sobre todo para ciertas edades;
- actividad y creatividad: no basta repetir y explicar; ni siquiera bastan una actividad y creatividad meramente metodológicas o formales, pero que desembocan en contenidos totalmente terminados y estructurados de antemano, como algo intocable a lo que hay que someterse. Las corrientes pedagógicas actuales insisten en la importancia de la creatividad, es decir, en la importancia de la actividad y del proceso que tienden a una obra personal. La creatividad depende de muchos factores. Se puede educar cultivando, por ejemplo, la capacidad de adaptación, la fantasía, la curiosidad y el saber enfrentarse adecuadamente con los conflictos; cultivando también la calidad humana de las relaciones, el espíritu crítico y, desde luego, la libertad. Lo contrario de la creatividad es, por ejemplo, el conformismo, la sumisión, las ideas rígidas y convencionales, el dogmatismo, etc. El tema de la creatividad es especialmente delicado en el campo de la religión: ¿tiene creatividad la Iglesia, es capaz de palabras nuevas ante situaciones nuevas? La catequesis misma ¿no ha introducido una tendencia inconsciente a conformarse con los esquemas recibidos, sin nunca poder renovarlos de verdad? En la formación religiosa la creatividad tropieza a menudo con dificultades como las siguen-

tes: el tema prefijado y el predominio de lo conceptual alejan fácilmente de la vida y de los sentimientos reales del grupo, aquí y ahora; la actitud de dependencia respecto de los formadores coarta la iniciativa real.

b) **Formación religiosa**

La formación religiosa es más que simple pedagogía, pero no puede mantenerse al margen de las cuestiones que acabamos de ver.

Dentro de su propio campo, la formación religiosa presenta un pluralismo creciente e inevitable, fruto del pluralismo antropológico y teológico reinantes. Esta diversidad no se opone, sin embargo, a la existencia de una amplia base de orientaciones que creo comunes a la mayoría de los actuales profesores de religión y en las que nos vamos a centrar (prescindiendo de las variantes evolutivas y diferenciales). Toda formación religiosa cristiana debe:

- Orientarse hacia el encuentro más profundo con Cristo y a la conversión progresiva. Interiorización. Capacidad de leer y trascender los signos y los símbolos.
- Despertar, apoyar y fecundar en el educando las capacidades y ansias de ser, de vivir, de amar, de darse y colaborar, de hacer algo grande en la vida.
- Adaptarse a las necesidades reales de los individuos y del grupo; a sus capacidades y etapas de crecimiento; quizá, a sus cansancios, dudas y retrocesos. Y a sus intereses; por ejemplo, para los adolescentes: plenitud humana; vida; libertad; acción; adaptación; compromiso; vida en grupo; universalidad.
- Respetar y fomentar la libertad. No forzar; es contraproducente. El cristiano tiene que existir con autonomía, ser gradualmente responsable de sí mismo.
- Tener presente la dinámica de llamada-respuesta; en efecto, la formación religiosa es, de alguna manera, la actualización de la llamada de Dios al hombre; éste debe responder, comprometerse.
- Unión entre vida y mensaje. No deben yuxtaponerse.
- El compromiso es indispensable, ya sea a nivel personal, ya a nivel de grupo, tanto en lo humano como en lo estrictamente religioso. Que el mismo grupo tenga que tomar las decisiones importantes relativas a su formación y a su vivencia cristiana.

- Atender particularmente a las actitudes. En ellas reside lo más valioso y decisivo del hombre. Ellas son también lo más influyente a la hora de dejarse iluminar por la verdad; hoy la hermenéutica moderna lo reconoce muy claramente. Cultivar la apertura y la disponibilidad.
- Fomentar la opción personal (tomar conciencia, sopesar, decidirse, comprometerse). Por ejemplo, haciendo que se enfrenten con el pluralismo o disparidad de hechos, actitudes y criterios humanos y religiosos, como estímulo para la maduración personal.
- Relacionar cada tema o aspecto con la totalidad, con lo más fundamental del cristianismo.
- Pedagogía de la invención: reinventar, no sólo repetir; plantear problemas, no sólo recibir soluciones; buscar, documentarse, no sólo escuchar o esperar consignas y estímulos; llegar al porqué en vez de quedarse en el cómo; que se responsabilicen más y más de la educación de su fe: eligiendo programas, actividades, lecturas, discusiones, entrevistas, etc.
- Velar por la perseverancia. Las estadísticas son más bien alarmantes; por fortuna no pueden medir lo más importante; pero lo más importante, si existe, debe manifestarse de alguna manera.
- Somos cristianos en grupo, no aisladamente. En la catequesis importan no sólo las relaciones verticales, sino también las horizontales: clima de libertad, aceptación, diálogo, cordialidad y colaboración. Y más allá del pequeño grupo, importancia de lo social y político.

II. METODOS, TECNICAS Y MATERIALES

Supuesta ya la opción fundamental en cuanto a la formación religiosa y supuesto ya su dinamismo consustancial (o método básico, en el sentido anterior) todavía quedan muchos caminos o métodos y técnicas parciales para completar y apoyar dicho método fundamental. Es evidente que todos estos medios deben subordinarse a otros valores más altos.

Podemos mencionar aquí la programación y la evaluación, las actividades, los procedimientos y técnicas y los materiales.

a) Programación y evaluación

Es un campo muy amplio. Baste decir que el concepto moderno de *programación* abarca no sólo los contenidos (como ocurría antes), sino también los objetivos, la pedagogía, los métodos y materiales que se emplearán; la aportación que se espera de los educadores, del centro educativo o del grupo. Además, la programación tiene que ser entendida como un proceso: sobre la marcha se va a evaluando el camino recorrido y se van introduciendo las modificaciones convenientes, aunque sin perder la unidad sustancial.

Partimos de una pedagogía centrada no en los contenidos nocionales, sino en la educación del sujeto, mediante un aprendizaje transformador. Por consiguiente, los pasos que hay que ir dando son los siguientes: conocer la situación del sujeto (o evaluación inicial); determinar los objetivos correspondientes y los medios más adecuados para lograrlos, con la colaboración de todos los que de alguna manera se pueden llamar programadores. Los contenidos actúan como medios para lograr los objetivos, a través de las actividades más oportunas.

La programación puede ser larga, corta e inmediata.

En una *sesión completa* de formación religiosa intervienen normalmente los elementos siguientes (aunque en un orden y con una importancia y duración que pueden ser muy variables, según los casos):

- preparación del educador (e incluso, a veces, preparación de los educandos; por ejemplo, con trabajos previos de documentación, entrevistas, sensibilización, motivación, etc.);
- punto de partida;
- núcleo de la sesión (que puede ser presentado por el educador, por los educandos o por otras personas, y de maneras muy diferentes: individualmente, por grupos, etc.);
- actividades de asimilación, profundización y expresión (toda vivencia profunda tiene que expresarse de alguna manera; así se enriquece y llega a plenitud);
- compromiso personal y colectivo;
- evaluación.

En cuanto a la *preparación*, señalemos los puntos siguientes:

- unión con Jesucristo. «El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Es esencial. No vamos a insistir;
- evaluación inicial del grupo. Cómo son los destinatarios, qué sienten, qué piensan... Sobre todo: ¿qué buscan realmente? Es fundamental esclarecer este punto desde los primeros contactos, sobre todo en la formación religiosa escolar, puesto que ésta sólo tiene sentido desde la cooperación voluntaria y profunda del educando, no desde la imposición o el temor al examen;
- compenetración progresiva con el grupo;
- programación previa dentro de un conjunto más amplio;
- preparación inmediata;
- tener en cuenta la propia personalidad. El profesor de religión tiene que ser plenamente él mismo: la autenticidad consigo mismo es condición para la autenticidad en las relaciones con los demás;
- atender al contacto educativo y cristiano; por ejemplo: que no haya contradicción entre la teoría de la formación religiosa y el modo de vivir en el centro; atender más a los intereses del grupo que a los programas; que las reglamentaciones no impongan prácticas religiosas que el grupo no desea; en lo posible, ofrecer además de la formación religiosa ordinaria, varias opciones de acuerdo con los distintos niveles de necesidades religiosas del grupo: conferencias, cursillos, posibilidades de compromiso (humano o apostólico), celebraciones, revisiones, ejercicios espirituales, etc.; sobre todo dar grandísima importancia a la calidad humana del trato;
- que el comienzo o primer contacto sea sencillo, acogedor, cordial; que sirva de puente entre las ocupaciones anteriores y la formación religiosa. Esto se puede lograr de muchas maneras. Por ejemplo: dialogando con el grupo sobre sus vivencias más recientes o sobre un acontecimiento importante o una noticia, una foto, etc.; también se puede empezar recordando lo dicho la última vez o bien escuchando música o alguna canción adecuada; otras formas más tradicionales: empezar con un canto o con una oración.

En la programación tiene relieve muy especial el *departamento de religión* (y el de pastoral), con tareas como las siguientes:

- crear un clima educativo animado por el espíritu evangélico;
- fomentar una visión cristiana de la cultura y de la vida;
- garantizar la debida instrucción sobre el hecho religioso y cristiano;
- velar por la evangelización respetuosa de todos;
- ofrecer medios para la progresiva maduración cristiana de los que ya tienen fe (por ejemplo: programando; coordinando las celebraciones litúrgicas, campañas, convivencias, etc.);
- promover el perfeccionamiento teológico y catequístico de los miembros del departamento (e incluso de los demás profesores, si es posible);
- en cuanto a los padres: informarles sobre el proceso que se sigue en la educación de la fe; contribuir a su formación (reuniones, conferencias, libros, revistas...) y a una integración mucho mayor (por ejemplo, catequesis de adultos...).

O sea: a este departamento corresponde la animación cristiana de la comunidad escolar; incluso podría ser el punto de arranque de una auténtica comunidad cristiana.

La *evaluación* de la formación religiosa es un tema muy descuidado, difícil y casi desagradable.

La Escritura habla claramente de la eficacia de la Palabra. Pero ¿dónde está la eficacia en muchas homilias y catequesis? En rigor, la Biblia misma habla de semillas infecundas... ¿Cuándo es eficaz la palabra de Dios? ¿Cómo lo es? Se dan varias explicaciones, pero en el fondo tropezamos con el misterio de Dios (sus caminos son inescrutables) y con el misterio del hombre (no toda resistencia a la predicación supone infidelidad a la gracia).

Muchos son contrarios a evaluar la formación religiosa. Sin embargo, ésta (lo mismo que todo proceso educativo) no puede prescindir del problema de su adecuación y mejora en cuanto a programación (objetivos, contenidos, metodología, actividades,

materiales, etc.), adecuación a la edad, acción sobre la sensibilidad, la memoria, la inteligencia, el obrar, la afectividad, el esfuerzo, la práctica religiosa, la oración, la conversión profunda y el compromiso; en cuanto al animador (preparación y realización de su labor; profundidad de su vida sobrenatural), el centro y la comunidad educativa, la pastoral de conjunto; en cuanto a la respuesta del educando en lo relativo a los conocimientos básicos, la aplicabilidad de estos conocimientos a la vida y las actitudes humanas.

No bastan las buenas intenciones ni el apriorismo: «fidelidad a Dios, al contenido, a los fines...». Hay que evaluar no sólo los proyectos, sino también los resultados y sus causas. Sobre todo: oír a los interesados: si se aburren, si no respondemos a sus necesidades personales de aquí y ahora, ¿podemos contentarnos con nuestras buenas intenciones?

No pretender ir aprisa; es un proceso necesariamente lento. Las presiones, del tipo que sean, no favorecen el nacimiento de actitudes verdaderamente personales; las dificultan y retrasan; y, lo que es peor, nos hacen vivir engañados.

Hay que atender a la evaluación inicial, a la evaluación continua y a la final. Conviene orientarse hacia la autoevaluación (generalmente con participación del grupo y del mismo educador, ya que siempre enriquece el eco de los demás). Pero la autoevaluación sólo tiene sentido pleno cuando el educando entra libremente en todo el proceso y cuando experimenta de modo cierto que no tiene que preocuparse de conquistar el aprecio del educador, precisamente porque existe, por parte de éste, una relación de aceptación incondicional.

b) Las actividades

Las actividades tienen mucha importancia en todo proceso educativo, es decir, en la consecución de los objetivos.

Su uso, en la formación religiosa, puede obedecer a finalidades diversas:

- motivación y preparación para la formación religiosa;
- explicitación, asimilación, interiorización, profundización;

- recreación personal y expresión;
- prolongación, comprobación, revisión, compromiso.

En la formación religiosa las actividades tienen que reunir unas cuantas características; tienen que ser:

- globales e interesantes: que pongan en juego toda la personalidad. No basta la idea; se requiere también el impulso, y éste viene del sentimiento. El interés hace que no nazcan muertas;
- adaptadas al individuo, al grupo y a los objetivos;
- creadoras e investigadoras: que fomenten la espontaneidad, la iniciativa, los valores personales, el descubrir, el superar las dificultades;
- interiorizadoras y espirituales: no quedarse en lo exterior; llegar a la zona de la conversión y de la fe o, al menos, de la evangelización o preevangelización;
- variadas;
- descartar las actividades concebidas como pasatiempo, juego, diversión, simple ocupación o trabajo útil, ejercicio artístico (colorear...), mero control, deber o castigo.

¿Cómo escoger entre las múltiples actividades posibles para cada caso? Dar preferencia a lo que implique acción y compromiso, variedad y socialización (salir del individualismo y del capitalismo); pasar de la competitividad a la colaboración; fomentar la libertad, el diálogo, la camaradería y la amistad. Buscar el contacto con la realidad (personas, ambientes...), no sólo con las ideas o con los libros. Que se enfrenten con sus responsabilidades reales (en casa, la calle, el grupo, la clase, las diversiones, sus quehaceres...). La acción y el compromiso son el mejor camino para comprender y asimilar la verdad real. Si interesan varias actividades y el tiempo escasea: repartirlas por grupos y tener luego una puesta en común para enriquecerse mutuamente. No basta emplear más o menos inconscientemente las distintas actividades; importa seleccionar adrede tal actividad, porque es la mejor para tal objetivo.

Hay que distinguir entre las actividades individuales y las socializadas o de grupo. No olvidar que el número mayor o menor de miembros de un grupo modifica profundamente la dinámica de dicho grupo; de ahí que se distingan tres grupos principales: gran grupo o grupo expositivo (más de 40 miembros; por ejemplo: va-

rias clases juntas), grupo medio o coloquial (por ejemplo, una clase), grupo pequeño o equipo de trabajo (el que no pasa de siete u ocho miembros). Este grupo es el que ofrece más posibilidades; por ejemplo: elaborar un proyecto y discutirlo; repartirse el trabajo; recoger, seleccionar y organizar materiales; realizar conjuntamente un proyecto; presentar el trabajo realizado; buscar intercambio e información; evaluar, etc.

c) Procedimientos y técnicas

Apenas existen técnicas y procedimientos exclusivamente religiosos; pero nada impide seleccionar para este fin las técnicas y procedimientos educativos más en consonancia con cada caso concreto, con tal de no deformar indebidamente estos procedimientos (si se quiere mantener su particular eficacia) y con tal, sobre todo, de subordinarlos a la finalidad última de su empleo, la cual aquí rebasa lo metodológico, el simple interesar y la mera horizontalidad.

Huelga decir que muchos de estos recursos son polivalentes; hay que seleccionarlos, adaptarlos con agilidad e incluso saber entroncarlos unos con otros para que se completen y enriquezcan.

Dada la limitación de espacio, aquí sólo podemos enumerar los recursos, procedimientos y técnicas que suelen ponerse al servicio de la formación religiosa²: la pedagogía de la pregunta; el grupo y su dinámica; la mesa redonda; el debate público y la sesión del tribunal; la entrevista y el testigo; Phillips 6/6, cuchicheos, el giro, la discusión escalonada; la comisión y el seminario; estudio de casos y proceso de los incidentes; el torbellino de ideas; el role-playing; la expresión corporal, el mimo, la dramatización y el happening; el lenguaje audiovisual en toda su amplísima gama; la revisión de vida, etc.

² Cf. *ibid.*, págs. 447-515.

d) Materiales e instrumentos

La formación religiosa, por su índole especial, da menos importancia a los materiales y se centra más en la relación interpersonal. Esto no significa, sin embargo, que muchos materiales no puedan ser una ayuda valiosa para el catequista o los catequizados.

Habría que mencionar aquí las fichas, los libros (de texto, de consulta, etc.), los aparatos audiovisuales, etc. Es evidente que todo material educativo requiere adaptación y creatividad.

* * *

En la historia de la catequesis se habla del fracaso del movimiento metodológico de principios de siglo. Pero no se dice, o apenas, que la verdadera razón del fracaso estaba en los contenidos: unos contenidos demasiado nocionales, una catequesis orientada y determinada por el mero conocer y entender un catecismo estructurado conceptualmente. Se cumplía así, una vez más, que lo primero no es el método, sino el contenido. Por eso se ha podido decir que lo más práctico es una buena teoría (en cuanto orientación acertada para caminar). Por eso también lo más importante y difícil no es cambiar de métodos, sino cambiar de mentalidad.

Pero hoy no existe una sola teoría, una sola mentalidad. Estamos ante un pluralismo creciente, solidario, en definitiva, de las diferentes maneras de concebir al hombre y a la teología. El profesor de religión tiene que optar entre los distintos modelos educativos y entre las diversas opciones catequísticas actuales (por ejemplo: ¿Acentuar la transmisión? ¿Acentuar la experiencia?). Cada modelo, cada opción lleva consigo su propia metodología profunda y fundamental. Sólo a partir de ahí cobrarán su verdadero sentido los diversos métodos, técnicas, procedimientos, actividades y materiales.

A partir de ahí es válido decir que puede haber varios caminos para llegar al mismo fin y que no siempre es fácil saber cuál es el mejor; a menudo el método único, ideal, no existe.